

ENCUENTRO DOMINICAL Padre Pedro José Ynaraja

Pese a carecer de categoría académica para ejercer de tutor, dadas mis múltiples aficiones, he colaborado con personas amigas que, en diversos campos del saber, han querido finalizar alguno de los caminos de su vida, presentando, leyendo o defendiendo una tesina, un trabajo, un proyecto o una tesis. Soy por ello muy consciente del atractivo que tiene una tal tarea para el que la elabora y la satisfacción con que la culmina, pero también de lo arduo que resulta su lectura a causa de la densidad y precisión que la caracterizan. Voy a huir, pues, durante unas cuantas semanas, de este género, pero tratando de que la amenidad no lesione o ignore ricos contenidos.

Me propongo escribir sobre la misa. Pretendo únicamente iluminar la mente del buen cristiano, tan abundante hoy en día, que pretende vivir lo que se ha venido a llamar una vida sacramental "a la carta", sin lograr plena satisfacción con ello, o que no tiene claro el porqué de ciertas normas. Nadie, pues, crea que va a aprender liturgia, que sobre esta materia hay suficientes y excelentes manuales.

De lo que cuento hará casi 40 años. Se presentó la jovencita en mi casa un 28 de diciembre, con su criatura en brazos. Había nacido pocos días antes, mi casa era una nevera, pero se encontraba muy sola, en la población donde dio a luz. Por supuesto era soltera, necesitaba estar junto a un amigo, de aquí que acudiera a mi casa. Al cabo de un tiempo quiso bautizar al chiquillo. Conocía a la madre suficientemente bien, como para saber que sus intenciones respondían a su Fe cristiana. No tuve, pues, ningún inconveniente en administrar el sacramento. Muy al contrario, bautizar es uno de los últimos deseos del Señor, manifestado poco antes de abandonar su presencia física entre nosotros. Acudió el padre. 'Su estado civil era casado. También venía de muy lejos. Poco después de la ceremonia, me decía con sinceridad y pena: ¿por qué no puedo yo, comulgar?. Le recordé que su situación y proceder eran irregulares, pero que no sobraba en la Iglesia. Escuchar las lecturas y rezar, tenía mucho valor... Lo sé, lo sé, me decía, pero me gustaría comulgar.

Charles Peguy, apasionado socialista de aquellos tiempos (siglo XIX) se casó civilmente como correspondía a sus convicciones, con una mujer de semejantes ideas. Sus reflexiones personales, le condujeron a la Fe cristiana, que había recibido en el bautismo, pero abandonada desde antiguo. Creo que por entonces tenía ya cuatro hijos. Se planteó si debía formalizar su situación, recibiendo el sacramento del matrimonio. No creyó que debiera exigírselo a su fiel compañera. Empezó a asistir fervorosamente a misa, pero al llegar al momento de la comunión y no poder hacerlo, se echaba a llorar. Como le daba vergüenza que le vieran, se iba a ermitas donde nadie le pudiera observar y allí se entregaba a la meditación. Un día se confesó y marchó al frente de la Gran Guerra, murió enseguida. Hoy es el gran autor místico de la Esperanza.

Preguntaba no hace mucho, porqué un matrimonio no venía a misa, dadas sus buenas costumbres y sus convicciones cristianas. Se me dijo: fue en

aquellos tiempos de las manifestaciones, se encontraron en un portal ocultándose de la policía. Surgió el flechazo y se apresuraron a casarse. Si imprudente fue el gesto, más irresponsable quien celebró el aparente sacramento. Se separaron pronto. Al cabo de un tiempo él se casó civilmente. Le han dicho que no puede comulgar, siendo así, no va a misa.

Pese a que me he referido a unos casos concretos, vividos junto a mí, estoy convencido de que el lector conocerá otros semejantes y tal vez no sabe que respuesta dar o el porqué de la disciplina vigente. Para situaciones semejantes y para tantos otros caídos en la rutina de asistir a misa porque así está mandado, sin pretender sacarle el rico jugo espiritual contenido en la misa, iré ofreciendo mis reflexiones.